SERIE TIEMPO DE BUSCAR

Una Experiencia Íntima Con Dios



Joseph M. Stowell

UNA EXPERIENCIA ÍNTIMA CON DIOS

CONTENIDO

Expectativas de intimidad con Dios.....2

La intimidad con Dios es un proceso.....3

Cinco mitos sobre la intimidad con Dios.....6

Cinco verdades sobre la intimidad con Dios.....17

Grandes expectativas.....21

Acercándose a Dios.....25

Todos somos conscientes de nuestra tendencia a escondernos o incluso a huir de Dios. A menudo nos sentimos perdidos, y algunas veces pensamos que Él está lejos de nosotros. Al leer este libro, no obstante, esperamos poder mostrarle que, en lo profundo de su corazón, usted espera a Dios —para conocerle, amarle, para sentirle, para confiar en Él.

En este extracto de *Confianza Radical: Viviendo constantemente con Dios en el centro*, escrito por Joe Stowell, recibimos consejos de un pastor y líder cristiano con una amplia experiencia sobre cómo tener una experiencia íntima con Dios. Confío en que sus palabras van a renovarnos a todos.

Martin R. De Haan II

ministerios rbc

Título del original: *Experiencing Intimacy With God*
Foto de la cubierta: © RBC Ministries, Terry Bidgood
ISBN: 978-1-58424-674-9
SPANISH

Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.
© 2007,2009 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA

Printed in USA

EXPECTATIVAS DE INTIMIDAD CON DIOS

Si está leyendo este librito porque espera que la intimidad con Dios va a llegar como una explosión del Espíritu que le cubrirá constantemente durante el resto de su vida, con una sensación eterna de alabanza en éxtasis, cálidos sentimientos y una palpable camaradería con el Dios Todopoderoso del universo, entonces va a decepcionarse. En realidad, si esto es lo que su alma espera y sueña que sea la intimidad con Dios, entonces creo que probablemente no va a llegar hasta el final del librito.

Nuestro anhelo de intimidad debe alimentarse en los pastos de la realidad bíblica para que no esperemos más de lo que el propio Dios nos ha prometido. ¿Qué es lo que Él dice que realmente podemos esperar cuando buscamos tener intimidad con Él?

Las expectativas lo son todo. Cuando esperamos que nuestros cónyuges estén en casa a una determinada hora para cenar, y no están; cuando esperamos que nuestro hijo adolescente llegue a casa a tiempo para que podamos usar el automóvil y acudir puntualmente a un compromiso, pero él no llega; cuando esperamos que la amistad sea agradable, gratificante y sencilla, pero no lo es; cuando esperamos recibir aquel aumento, aquel bonus, aquella promoción, pero no lo recibimos —inevitablemente nos sentimos decepcionados; después nos sentimos desanimados y finalmente desesperados, si las expectativas eran suficientemente grandes.

Hace algún tiempo, estaba charlando con un par de consejeros cristianos, de entre los principales de nuestra nación. Les pregunté que, si preparasen una lista de los problemas de fondo que más prevalecían en la vida de las personas, qué habría

en ella. Inmediatamente, ambos respondieron: «La amargura es lo primero en la lista». Continuaron explicando que la amargura, a menudo, está arraigada en expectativas enfermizas y en una confianza absoluta en cosas equivocadas. Si esperamos que la vida sea agradable; si esperamos que las personas no nos usen, que no nos manipulen, que no nos ignoren, que no nos malinterpreten o que no abusen de nosotros; si esperamos algo irreal —entonces va a ser inevitable que nuestros sueños se conviertan en pesadillas.

LA INTIMIDAD CON DIOS ES UN PROCESO

Encontrar satisfacción, apoyo y seguridad en nuestra relación con Dios es un proceso. Muchos de nosotros nos hemos desanimado en nuestra búsqueda de Dios porque esperábamos que obtendríamos resultados rápidamente y que esa experiencia estaría de acuerdo con nuestras expectativas.

¿Qué podemos esperar realmente? La primera tarea en la búsqueda de intimidad con Dios es resolver esa desconexión que nos aleja de Él. Dios busca corazones arrepentidos y radicalmente confiantes en los cuales pueda establecer Su morada.

El paso siguiente es comenzar una peregrinación hacia Dios siendo constantes y fieles a las realidades que provocan una experiencia con Su presencia que todo lo llena. Cuando somos fieles al proceso de conectarnos con Dios, Él es firmemente fiel llenándonos a Su tiempo y a Su manera. Cada uno de nosotros Le experimentará de manera diferente. Y Él nos responderá de maneras diferentes, en épocas y periodos diferentes de nuestras vidas. La firmeza y constancia de Su realidad en nuestras

vidas será una experiencia de crecimiento constante.

La intimidad con Dios no debe definirse de acuerdo con las experiencias sucedidas. Las experiencias son demasiado subjetivas, diferentes e individuales como para considerarlas referencias universales de intimidad. Dios no nos encuentra a todos de la misma manera —emocional, intelectual ni espiritualmente. Cada uno percibe las cosas de una manera única. Si definimos la intimidad basándonos en lo que nos parece o en cómo la sentimos, inevitablemente estaremos describiendo lo que un individuo concreto percibe, lo que generará decepciones en otras personas. Cuando leemos biografías de cristianos u oímos a otros contando cómo se han encontrado con Dios, no deberíamos intentar encuadrar nuestras propias experiencias para que encajen con las de ellos. Dios nos encuentra donde estamos, y no donde están los otros.

Aunque ninguno de nosotros tiene experiencias con Dios exactamente de la misma manera que otros, todos llegamos hasta Él siguiendo el mismo mapa de carreteras. Nosotros hacemos nuestra parte; Dios responde de manera individual. De hecho, esto es lo que las Escrituras nos enseñan cuando se nos dice «acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros» (Santiago 4:8) Esa exhortación supone un proceso.

Recuerdo que conversaba con un experto en control de calidad acerca de algunas de las principales industrias americanas. Me dijo que la llave para el control de calidad era crear un proceso que fuese efectivo y eficaz. Si el proceso era el correcto, el resultado estaba garantizado. Era el proceso lo que garantizaba el resultado. Los mejores procesos dependen de definiciones claras. Si nuestras definiciones no son correctas, todo el proceso estará mal dirigido y mal comprendido. La intimidad con Dios

necesita una comprensión clara de lo que es, de lo que no es, y de cómo saber si realmente estamos en el camino cierto hacia Dios.

¿Cómo podríamos definir el proceso que mantiene nuestra alma orientada hacia Dios? La búsqueda de la intimidad es un compromiso intencional para dar pasos hacia Dios y, en ese proceso de aproximación a Dios, crecer más profundamente conscientes de, conectados a y confiados en Él solamente como nuestra única fuente de satisfacción, apoyo y seguridad.

La búsqueda de la intimidad es un proceso intencional. Es un proceso en el que encontramos una aventura para toda nuestra vida con una satisfacción y un significado crecientes. Es intencional ya que nadie es obligado a alcanzar esa intimidad; debemos estar centrados en la búsqueda de manera activa.

La búsqueda es un innegociable compromiso de nuestra parte para aplicar activamente los principios que Dios nos ha dado y para que paciente y persistentemente, construyamos nuestras vidas sobre ellos. Estos principios incluyen:

- un arrepentimiento de actitud y de acción;
- el rechazo de la autosuficiencia que nos lleva a una confianza radical en Cristo;
- una conexión consciente para una comunicación contínua y
- una conexión con Él en la creación, en Su carácter y conducta, en adoración y alabanza, en los tiempos de crisis y en fiel obediencia.

Un compromiso con estos principios da fuerza a mi consciencia de Cristo, a mi conexión con Él y a mi confianza en Él. La búsqueda de la intimidad con Dios supone una manera de vivir que, de manera creciente, llena mi alma con la satisfacción, el apoyo y la

seguridad de Su presencia. La búsqueda de la intimidad consiste en crecer más profundamente conectado a Cristo como la máxima fuente de todo lo que necesito.

CINCO MITOS SOBRE LA INTIMIDAD CON DIOS

Aunque es importante tener una definición de la búsqueda de la intimidad como punto de partida, no deberíamos confundirnos con mitos que distorsionan nuestra perspectiva y sabotean el proceso. Vamos a comenzar definiendo conceptos, clarificando lo que no es verdad y apoyándonos en lo que sí lo es.

MITO N.º 1: La intimidad consiste básicamente en lo que Él hará por nosotros cuando nos aproximemos a Él.

El proceso de intimidad nunca debería estar motivado por lo que Dios podría hacer por nosotros, sino por nuestro deseo de hacer lo que podamos por Él.

En 1985, el campeonato de la División Este de la Liga Americana de Béisbol iba a decidirse en un partido al final de la temporada. Frank Tanana, de los Tigres de Detroit, estaba en el montículo en un brillante juego que llevó su equipo a la victoria, 2 a 1. Recuerdo todavía la imagen de Frank con los brazos levantados en una celebración exultante, que fue publicada en la portada del periódico Usa Today al día siguiente; también recuerdo cómo la prensa elogió a Frank como un gran lanzador. Varios días después, Frank lanzó en las series por el campeonato de la Liga Americana. Si los Tigres consiguiesen llevarse este campeonato, habrían avanzado a las Series

Mundiales. Sin embargo, Frank no lo hizo tan bien esta vez. En realidad, los Tigres perdieron el partido y, por tanto, la serie. Esta vez todos los comentarios giraron en torno a la pobre actuación de Frank.

En aquella época yo era el pastor de Frank. Unos días después del partido, le pregunté: «¿Cómo tomas lo de ser un héroe un día y un villano al siguiente?». Él me respondió: «Joe, aprendí algo sobre los aficionados al béisbol hace algunos años. Todos ellos viven siguiendo el lema '¿qué has hecho hoy por mí?' Eso es todo lo que cuenta para ellos».

Más tarde, reflexioné acerca de ese comentario y me di cuenta de que esa misma actitud se manifiesta en muchos de nosotros como pueblo del Señor. Cuando pensamos sobre la intimidad, es fácil considerarla como «¿Qué ha hecho Dios por mí recientemente?». Tendemos a dar valor a Su realidad y a medir la calidad de nuestra relación con Él según lo que Él está haciendo por nosotros en un determinado momento y según la frecuencia e intensidad de Sus intervenciones en nuestras vidas. ¿Acaso hay alguno entre nosotros que no haya pensado que la realidad de Dios y la calidad de nuestra relación con Él se basa en cuántas veces Él interviene en nuestras vidas y hace algo bueno y espectacular?

Cuando es esto lo que esperamos, rápidamente crece en nosotros el desinterés, el desánimo e incluso una manera errada de caminar con Él. En mi propia vida me he sentido frecuentemente decepcionado. Si oigo a alguien que habla de una intervención maravillosa de Dios en su vida y de cómo Dios ha actuado impresionantemente, comienzo a preguntarme por qué Dios nunca hace algo así por mí.

¿Te sientes anormal —espiritualmente— porque Dios simplemente no parece

estar haciendo gran cosa por ti? ¿Has sentido alguna vez una falta de autoestima espiritual, o quizás has pensado que no eres tan importante para Dios? ¿O alguna vez has sentido que tal vez Él fuese el Dios de nuestros padres, pero seguramente está ausente en nuestra generación? Es algo así como *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carrol, donde encontramos esta queja: «Apretará mañana, y apretó ayer, pero nunca aprieta hoy».

Creo que es por eso que muchos de nosotros somos seducidos por cualquier cosa que signifique una experiencia espiritual. Si la receta viene en un guiso de cristianidad, incluso si es salvajemente exótica, nos apuntamos para poder sentir que Dios está haciendo algo «real» por nosotros. En vez de continuar fielmente dando los pasos sistemáticamente en dirección a Dios en nuestra peregrinación, aguardamos a un lado del camino esperando una limosna santa. Siempre es más fácil optar por el impacto rápido, la excitación de la adrenalina espiritual, que centrarnos en el trayecto más largo.

Los guías en el Parque Yellowstone nos contaban que, a pesar de todos los carteles que dicen «No alimenten a los osos», la gente hace eso constantemente. Como resultado, los guías tienen que retirar de los bosques cadáveres de osos que murieron de hambre porque no había turistas para alimentarlos. Si no hay «limosnas» durante dos semanas, los osos se mueren. ¡Y pensar que los bosques están repletos de alimentos! Los osos podrían haberse preocupado de hacer aquello para lo que fueron creados, pero, en vez de eso, murieron porque intentaron mantenerse con las limosnas fáciles.

Somos como esos osos. Dios nos ha provisto con abundancia de cosas para alimentarnos si estamos caminando hacia Él a través

de la oración, de la lectura bíblica, de la comunión con otros cristianos y de la práctica de los mandamientos de las Escrituras. Si somos fieles, ninguno de nosotros se morirá de hambre. En realidad, nuestro hambre espiritual debería llevarnos a buscar más las delicias de Dios. Él nos llama para que seamos alimentados y abastecidos por Él en lo más íntimo de nuestro ser, pero seguimos buscando impactos rápidos de Su presencia. Eso me hace preguntarme si en el cielo hay carteles diciendo «¡No alimente a los cristianos!». La intimidad no se trata de limosnas santas. Se caracteriza por una fidelidad constante.

Podemos ver esta verdad en la vida de Abraham. Dios le motivó para que dejase Ur de los Caldeos con una completa lista de promesas (Génesis 12). Abraham obedeció a Dios incluso sin haber recibido todavía el hijo prometido. Cuando Sara ya era muy vieja para tener un niño, ella y Abraham estaban muy confusos sobre la voluntad de Dios. Incluso intentaron completar Su voluntad a través de sus propias maniobras. Pero Abraham continuó adorando a Dios y caminando hacia una intimidad con Él. Dios mantuvo Su promesa y así nació Isaac. Más tarde, cuando Dios le dijo a Abraham que sacrificase a Isaac, Abraham fue fiel al mandato y estaba dispuesto a obedecer. Dios de nuevo mantuvo Su promesa librando la vida de Isaac. Abraham se comprometió a sí mismo en ese proceso de obediencia y Dios intervino vez tras vez con un nuevo y más profundo nivel de intimidad.

Es fácil pensar que todos seríamos fieles si Dios interviniese en nuestras vidas tal y como lo hizo en la de Abraham, pero olvidamos que la historia de Abraham se extiende durante décadas. Las intervenciones de Dios registradas en la vida de Abraham suceden en una

media de una a cada 15 años. Piensa en 15 años sin tener una Biblia, sin la presencia del Espíritu Santo, sin amigos espirituales y sin oír una palabra de Dios. Pero Abraham vivió una vida de constante fidelidad a Dios.

Cuando José tenía 17 años, Dios le dio un sueño en el que un día él ocuparía un cargo de tanta autoridad que incluso sus hermanos se inclinarían ante él. Pero ese fue el último sueño que recibió de Dios durante muchos años. Entretanto, sus celosos hermanos se juntaron para venderle como esclavo. La esposa de su amo intentó seducirle día tras día y, al final, le acusó de intentar violarla. Fue mandado a la cárcel, donde ayudó a un hombre que prometió recompensarle el favor, pero que después se olvidó de él. Aun así, José permaneció fiel a Dios.

Dios podría haber aparecido en cualquier instante y haber sacado a José de cualquiera de esas problemáticas situaciones, pero no lo hizo. En vez de eso, Él trabajó detrás de los bastidores, silenciosamente, preparando el momento en el que José resurgiría con humildad y pureza. José estaba listo para ser usado maravillosamente por Dios, y Dios lo usó. La fidelidad constante y simple de José le llevó al poder en su vida (Génesis 41:39-45).

Job no tenía ni idea de qué era lo que Dios estaba haciendo en su vida. Me resulta interesante el hecho de que Dios nunca le dijo a Job que el diablo era quien estaba por detrás de su sufrimiento (Job 1:1–2:6). Pero después de que Job demostró una fidelidad constante, Dios se le reveló íntimamente y le ayudó a resolver el conflicto de su alma (38:1–40:2; 40:6–41:34).

El deseo de servir fielmente mientras se espera recibir las promesas de Dios no se limita a personajes del Antiguo Testamento. Pablo sabía lo que significaba

mantenerse firme en medio de circunstancias difíciles. Por eso escribió:

> *Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos (2 Corintios 4:8-10).*

En ese mismo contexto, añadió:

> *No fijando nosotros la vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las que se ven son temporales, mientras que las que no se ven son eternas (v.18).*

En el fondo, lo que Pablo quería decir es que nuestras vidas deberían guiarse por la realidad de la eternidad venidera y no por lo que vivimos aquí y ahora.

Tal vez pensemos que el cristianismo consiste en que Dios nos satisfaga, pero Pablo deja claro que nuestra ambición en esta vida debería ser satisfacerle a Él. Esa es la esencia del cristianismo auténtico. Dios no va a intervenir con frecuencia de una manera espectacular en nuestras vidas; y cuando lo hace, no es sólo para nuestro provecho, sino para revelar Su gloria a través de nosotros (1 Crónicas 16:9-10). Aunque es cierto que a Dios Le encanta ser generoso y que nos concede muchas cosas buenas, debemos recordar que, a la hora de los momentos más dramáticos, Él es quien controla la agenda.

Un romance requiere nuestra fidelidad constante —así como nuestro carisma, personalidad, dinero y todo lo demás— para conseguir que la vida valga la pena. Pero, cuando ponemos al prójimo en primer lugar, descubrimos el gozo del verdadero amor. No conocemos la emoción de una relación íntima hasta que buscamos con fidelidad a la otra persona.

Así sucede con nuestra relación con Dios. Al buscar a Dios tenemos la responsabilidad de una fidelidad constante. Como consecuencia, llegará la recompensa. La intimidad consiste en ser fieles ahora y recibir la recompensa después —en el tiempo de Dios.

MITO N.º 2:

La intimidad consiste en una relación de amistad informal con Dios. No hay duda de que un elemento importante de nuestra relación con Dios se basa en el hecho de que Su Palabra nos invita a llamarle «¡Abba, Padre!» (Gálatas 4:6). Cuando tenemos amistad con alguien, normalmente le llamamos por su nombre. Cristo nos dice que ya no somos esclavos, sino amigos (Juan 15:15). Sin embargo, esa amistad es mucho más que darse unas palmaditas en la espalda. La intimidad con Dios consiste en estar admirados por Su grandeza y majestad. Tenemos que sentir una profunda reverencia en nuestros corazones ante la mera posibilidad de una relación con Él.

Pensemos así: Si Cristo entrase en tu habitación mientras lees este librito, ¿qué harías? Cuando mi esposa se enajena leyendo un libro, mi única esperanza es decir: «Cuando regreses del 'planeta-libro', quiero preguntarte algo». Eso normalmente provoca algo parecido a un gruñido audible y distante que significa que mi petición ha sido registrada.

Pero ninguno de nosotros se perdería en el «planeta-libro» si Cristo entrase en la habitación.

Algunos podríamos pensar que sacaríamos aquella lista de las preguntas que siempre quisimos hacerle. Otros podemos imaginarnos saltando y abrazándole para darle gracias por habernos salvado. Tal vez los más exaltados se imaginen a sí mismos «chocando esos cinco» con Él por todo lo que Él es y por lo que ha hecho.

Puedo asegurar que, si Cristo entrase en la habitación mientras lees este librito, no sucedería nada de eso. Caeríamos en el suelo postrados ante Él, sintiéndonos increíblemente minúsculos, vulnerables e indignos. Afortunadamente, Él se nos acercaría, nos levantaría y nos diría que no tuviésemos miedo. Por Su gracia, nos daría la bienvenida a Su presencia y podríamos conocer el gozo de Su compañía. Pero nuestra relación con Él siempre estaría marcada por una sensación de reverencia y respeto, incluso cuando disfrutásemos de dulces momentos de compañía íntima con Él.

MITO N.º 3:

La experiencia de la intimidad es igual para todos nosotros. La expectativa de un estándar universal en cuanto a una relación íntima con Dios normalmente recae en algún punto entre experiencias emocionales altamente intensas y encuentros personales profundos y tranquilos de nuestra alma. A pesar de que ambos son maneras válidas de experimentar la intimidad con Dios, es peligroso intentar adaptarnos a los moldes de las experiencias de otras personas.

Siempre me han intrigado las diferencias de temperamentos y personalidades de los discípulos. El origen y la mezcla de sus diferencias hizo que ninguno de ellos experimentase la intimidad con Cristo de la misma manera ni en el mismo nivel. Tenemos a Tomás, que era altamente cognitivo y quería analizar y razonar todo para quedarse satisfecho. Tenemos a Pedro, que era rápido, hablador y agresivo. Y tenemos a Juan, que era sutil, cálido y dulce. Algunos de nosotros experimentaremos una intimidad con Cristo de manera cognitiva e intelectual, como probablemente le sucedió a Tomás. Otros experimentaremos esa intimidad desde un lado

más emocional de nuestro ser. Personas de diferentes culturas y transfondos, con diferentes personalidades, experimentarán a Cristo de muchas y maravillosamente diferentes maneras.

Lo que tendremos en común, tal y como hemos aprendido, no será la naturaleza de nuestra experiencia de intimidad con Cristo, sino el proceso a través del cual avanzamos hacia esa intimidad. Si debemos animarnos los unos a los otros con experiencias más profundas y significativas con Dios, no deberíamos imponer o promover nuestras propias experiencias como si fuesen el estándar, sino ayudarnos los unos a los otros para poder permanecer en este proceso.

MITO N.º 4:

Podemos experimentar la plenitud de la intimidad con Dios aquí y ahora. Es de vital importancia recordar que la Palabra de Dios nos dice: «Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido» (1 Corintios 13:12). Nunca conoceremos la plenitud del gozo de una intimidad sin obstáculos con Dios a este lado del cielo. Nuestras limitaciones son demasiado grandes.

Tenemos los caparazones de nuestros cuerpos y mentes que todavía sienten los efectos de la caída. Después de Edén, el cansancio y la fatiga se convirtieron en una forma de vida. El estado físico de nuestros cuerpos afecta también a nuestras mentes y emociones. Cuando nos falta energía, sentimos la presencia de Dios de maneras muy diferentes a aquellos momentos en los que nos sentimos fuertes y llenos de vida. Si tuviera la oportunidad, me pasaría mucho tiempo sentado en una colina admirando la vasta extensión de Su creación, caminando por el campo o dejando que mis ojos recorriesen todas las

profundidades del universo lleno de estrellas que está encima de mí. El problema es que esas oportunidades son pocas y distantes entre sí.

Intento rescatar algo de tiempo por las mañanas para pasarlo con Dios. Pero después de un tiempo maravilloso de leer Su Palabra, orar y meditar en Él, tengo que lanzarme de cabeza al ajetreo diario. Dios está ahí todavía para ayudarme y animarme, pero ese ajetreo diario, con sus rutinas y desafíos, nubla lo especial que fueron aquellos momentos tranquilos en el comienzo de mi día.

No obstante, mi trabajo es una parte de mi responsabilidad de servirle. Todos hemos sido puestos en esta tierra no sólo para experimentar Su presencia en los rincones tranquilos. Ahora no es momento de gastar todo nuestro tiempo en una soledad contemplativa. El mundo a nuestro alrededor necesita oír de Él. Las personas heridas necesitan ayuda. Nuestros vecinos desesperados necesitan el ánimo que sólo Dios puede ofrecer a través de nosotros. Nuestros jefes necesitan que les ofrezcamos un buen día de trabajo.

El hecho de no poder sentir esa profunda intimidad con Dios en cada instante debería motivarnos a vivir esperando el día cuando Le veremos cara a cara. Muy pronto el peso de nuestra naturaleza caída, la presión de las responsabilidades de la vida, serán quitados de nuestras espaldas, y las preocupaciones de esta vida se evaporarán. En un abrir y cerrar de ojos, nos encontraremos en una eternidad donde nuestra principal preocupación será disfrutar de una intimidad sin obstáculos con Él. Para siempre.

MITO N.º 5:
Podemos experimentar la intimidad con una vida entregada parcialmente.

La experiencia de la verdadera intimidad con Dios no demanda perfección, pero

sí que requiere que nos entreguemos completamente. La entrega completa significa que vivimos con una actitud de obediencia sin límites. Aunque podamos caer, surgirá en nosotros una respuesta inmediata de arrepentimiento que no nos permitirá escondernos en nuestro error, sino que nos mantendrá en el camino hacia Él.

No podemos pensar que iríamos a tener intimidad en una relación terrenal de la manera más satisfactoria y completa si estuviéramos constantemente ofendiendo a aquella persona con la que deseamos tener la intimidad. Muchos matrimonios sufren una pérdida de la intimidad porque uno de los cónyuges ha fallado en su fidelidad. Mentir, engañar a un cónyuge, ignorando sus necesidades, usando la relación para su propio beneficio cuando es conveniente y siendo negligentes con las responsabilidades cuando es necesario, esos son los ingredientes para un distanciamiento rápido entre dos corazones.

Así sucede con Dios. A través de la Escritura, Dios pide que Le demos la totalidad de nuestro ser. Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, fuerza y mente (ver Deuteronomio 6:5; Mateo 22:37; Marcos 12:30). En las cartas que Cristo escribió a las iglesias en los primeros capítulos del libro de Apocalipsis, fue su constante relación con el pecado y sus fallos lo que alteró sus relaciones con Cristo.

No podemos esperar intimidad cuando vivimos como aquella persona que dijo:

> Me gustaría comprar 3 dólares de Dios. Por favor, no tanto como para hacer explotar mi alma o hacerme perder el sueño, pero sí lo suficiente como para sentirme como cuando tomo una taza de leche tibia o me echo una siesta al sol. No quiero tanto de Él que me obligue a amar a un negro o hacer deporte con un inmigrante.

Quiero éxtasis, pero no transformación. Quiero el calor del útero, pero no el nuevo nacimiento. Quiero un quilo de cosas eternas en una bolsa de papel. Quiero comprar 3 dólares de Dios, por favor.

CINCO VERDADES SOBRE LA INTIMIDAD CON DIOS

Dejar a un lado los mitos nos aclara el camino para avanzar en nuestro progreso hacia Dios. Abre una puerta realista para conocer y experimentar a Dios en nuevos y recompensadores niveles.

Creo que debo tener algún tipo de gran carencia de carbohidratos en mi vida, porque soy un adicto apasionado a alimentos como patatas, arroz y pasta. Nunca me canso de comerlos. Si mi esposa no está en casa alguna noche, cuando regresa siempre me pregunta que me hice para cenar cuando ella no estaba. Tengo que decirle que cocí algo de pasta, le puse un poco de mantequilla, con sal y pimienta. Ella me mira sorprendida.

Lo más sorprendente es que casi siempre, cuando ya estoy lleno de pasta, todavía quiero más.

Así es la maravilla y el gozo de crecer en dirección a la intimidad con Dios —nunca podemos llenarnos lo suficiente de Cristo. Es un proceso interminable, que crece y que siempre produce satisfacción. Para ayudar a animarnos en el proceso, aquí hay cinco verdades que deberían sustituir a los engañosos mitos sobre la intimidad con Dios.

Estas verdades nos ayudan a formar expectativas realistas sobre la intimidad.

VERDAD N.º 1: Nuestro principal propósito en esta vida es comprometernos con el Dios transcendente

por fe y adorarle en pureza y servicio. Este propósito para la vida es algo direccional. La intimidad no consiste en que Dios haga cosas por mí. Tampoco consiste en que me haga sentir bien. Consiste en esto: Yo me comprometo con el Dios transcendente del universo y me entrego a mí mismo para adorarle y servirle pase lo que pase. Cuando consiga que las flechas de mis pasiones y mi alabanza dejen de apuntarme a mí y Le apunten a Él, habré conseguido redireccionar mis expectativas. Y a medida que Le adore con la pureza de mi vida y el servicio de mis manos, podré decir como Job, pase lo que pase: «He aquí, aunque Él me mate, en Él he de esperar» (13:15). La intimidad comienza por entregarse a uno mismo. Es entregarnos a Dios como el mayor regalo de nuestro amor.

VERDAD N.º 2: Dios interviene de maneras espectaculares sólo de forma esporádica y selectiva debido a propósitos superiores de Su reino y a las bendiciones de Su pueblo.

Eso debería ser suficiente para nosotros. Debería ser suficiente oír o ver la obra de Dios en la vida de otra persona y decir, «¿no es así mi Dios? ¡Me encanta ver el trabajo del Señor!». En vez de eso, tenemos la tendencia a lamentarnos y quejarnos, «eso nunca me pasa a mí. ¿Por qué Dios no trabaja así en mi vida?». Deberíamos aprender a descansar y regocijarnos en el hecho de que Dios hace maravillas en las vidas de otros, y que, si alguna vez nuestra situación llega a ser así de dramática o si nuestra posición en Su plan se convierte en lo suficientemente estratégica, Él también hará algo espectacular por nosotros. Hasta entonces, tenemos que estar eternamente agradecidos por Su presencia diaria; por Su trabajo silencioso entre bastidores; por Su gracia que es suficiente; por

Su misericordia que hace demorar Su juicio; y por el cielo.

VERDAD N.º 3:

Dios ya ha hecho por mí más de lo que me merezco. Si Dios nunca hiciera nada más que redimirnos —librarnos del infierno y asegurarnos el cielo; si Él nunca hiciera nada más que eso, ya habría hecho más de lo que merecemos. Eso debería ser suficiente para levantarme en alabanza y adoración para el resto de mi vida.

Piensa en ello. Dios ya ha intervenido de manera espectacular y grandiosa en nuestras vidas cuando reveló para nosotros la historia de la cruz y nos invitó a ir a Él por el poder de Su Espíritu. Cuando nos comprometemos con aquella ruda cruz y sentimos que el peso de nuestro pecado nos ha sido quitado y lavado con Su sangre limpiadora, es suficiente —más que suficiente— para hacer que nuestros corazones permanezcan amorosamente agradecidos.

VERDAD N.º 4:

Dios probablemente está haciendo muchas cosas de las que ni siquiera nos damos cuenta. Pueden no ser cosas grandes, espectaculares, pero la Palabra de Dios nos enseña que Él permanece como un centinela soberano a las puertas de nuestras vidas, guardándonos de cualquier prueba que sea mayor de lo que podamos resistir (1 Corintios 10:13). Él sólo permite aquellas pruebas que Él, por Su poder y con nuestra cooperación, transformará para Su gloria y para nuestro provecho. Pablo declara en Romanos 8:28: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados».

¿Por qué entonces ponemos nuestra cabeza en la almohada por la noche y murmuramos: «¿Dónde estás hoy, Dios? No has contestado

mi oración. No ha pasado nada espectacular. El día ha sido insulso y aburrido». En vez de eso, deberíamos decir, con corazones llenos de gratitud: «Señor, gracias por trabajar en mi vida hoy de maneras que ni siquiera he percibido. Tú, por el poder de Tus ángeles, me has protegido del enemigo que me busca para destruirme. Y gracias por la seguridad de que, como el centinela soberano en la puerta de mi vida, lo que has permitido que suceda hoy, ya has prometido que, por Tu poder, lo transformarás en gloria y provecho».

Tenemos que recordar que Dios trabaja en nuestras vidas mucho más de lo que imaginamos. Nuestra actitud de estar siempre pensando que Él no ha hecho gran cosa por nosotros es totalmente incoherente con la realidad de Su maravillosa gracia que se manifiesta en nuestras vidas las 24 horas del día: guardándonos, cuidándonos, separándonos y aislándonos del peligro, protegiéndonos y bendiciéndonos.

VERDAD N.º 5: Cuando Dios considera la intimidad, piensa en una relación cordial con nosotros. Somos como los niños que, en Navidad, piden: «¡Dame mi regalo, dame mi regalo!». Y nos olvidamos que nuestros padres nos dan esos regalos porque nos aman. Por supuesto, nuestros padres quieren darnos regalos y bendecirnos, pero lo que realmente quieren es una relación de amor con nosotros. La intimidad consiste en una relación y no en un intercambio de regalos. Cuando vivimos esperando, sirviéndole con pureza, sin prisas y pasando tiempo arrodillados en oración y meditación con Su Palabra, Él llena nuestras almas de Sí mismo.

Dios no va a encontrarnos en el centro comercial. Nos busca en el santuario interior de nuestros corazones. Si lo que queremos es intimidad, tenemos que estar más interesados en el Dador que en los regalos. No es lo que

Él hace por nosotros lo que deberíamos amar; deberíamos amar a Dios mismo. Si queremos experimentarle más de lo que lo hacemos ahora, tenemos que amarle más de lo que lo hacemos ahora —más que a cualquier otra cosa que nos gusta, más que a cualquier otra cosa que esperemos que Él nos dé.

GRANDES EXPECTATIVAS

Desde el Antiguo hasta el Nuevo Testamento, las Escrituras muestran la agenda personal de prioridades de Dios para restaurar la comunión y para ofrecer una relación provechosa que satisfaga los anhelos de nuestras almas y Le glorifique.

Una peregrinación de éxito hacia la intimidad no sólo requiere que sustituyamos expectativas equivocadas o desequilibradas con las verdaderas, sino que nos preguntemos a nosotros mismos, ¿qué podemos esperar?

Podemos esperar lo que Dios ha prometido proveer para nosotros en nuestra relación con Él. Las Escrituras sugieren, al menos, tres cosas que podemos esperar recibir en una relación personal y profunda con Él: (1) Él satisfará nuestras almas; (2) Él sostendrá nuestras vidas; y (3) Él nos sujetará incluso delante del mayor peligro.

Esas cosas no están definidas en ningún lugar mejor que en el conocido Salmo del Pastor de David, el Salmo 23. Examinemos ese salmo considerando como podemos alcanzar esas cosas en nuestras experiencias de intimidad con Dios.

> *Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de Su nombre. Aunque ande en valle*

de sombra de muerte, no
temeré mal alguno, porque
Tú estarás conmigo; Tu vara
y Tu cayado me infundirán
aliento. Aderezas mesa
delante de mí en presencia
de mis angustiadores;
unges mi cabeza con aceite;
mi copa está rebosando.
Ciertamente el bien y la
misericordia me seguirán
todos los días de mi vida,
Y en la casa de Jehová
moraré por largos días.

Fijémonos en la dinámica de la relación. No es entre iguales; es entre un Pastor y Su oveja. Las ovejas son completamente dependientes de su pastor. Las ovejas no encuentran su camino a casa si las dejas solas. Necesitan a un pastor que les ofrezca liderazgo, provisiones y protección. El pastor constantemente atiende a la oveja —a veces a costa de un gran sacrificio por su parte.

¿Qué es lo que el pastor provee? El pastor es una fuente de satisfacción para la oveja. Tenemos que olvidarnos de nuestras listas de lo que queremos y esperamos, y centrarnos en lo que realmente necesitamos. La auténtica prueba de satisfacción es ser capaz de decir con el salmista: «Nada me faltará». El contentamiento no significa que no deseemos más comodidades o mejores relaciones. Significa que esos deseos no conducen ni dirigen nuestras vidas. Significa que dejamos que Dios sea el proveedor, mientras que nosotros nos contentamos con Él. El salmista ilustra esta imagen de satisfacción: «En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma». Notemos los términos que indican satisfacción por su provisión, paz y restauración.

Si alguna vez has paseado por las colinas de Inglaterra o pasado algún tiempo en lugares donde las ovejas forman parte de la economía agraria, sabrás que hay pocas imágenes de contentamiento tan claras como la que el

salmista usa con aquella oveja que, aunque a veces pueda vagar, nunca huye a propósito, sino que se siente plenamente satisfecha con el cuidado y provisión de su pastor.

Tener contentamiento es estar satisfecho con Dios.

La imagen de la obra protectora de Dios se refleja en la respuesta del salmista al enfrentar a sus enemigos en el valle de la sombra de la muerte. Testifica que Dios le ha dado tanta seguridad que ahora puede cenar en presencia de sus enemigos y, sin miedo, caminar a través del valle de la muerte si fuera necesario. ¿Por qué? Porque Dios está con él. La realidad de Su vara (protección) y su cayado (restauración y guía) le dan seguridad al salmista.

La presencia de Dios llega con todo lo que Él es. Él no viene de manera parcial. Nos bendice con la plenitud de Su compañía en nuestras vidas. Su presencia nos garantiza Su poder protector, Su dirección soberana, Su sabiduría sin igual, Su tierno y amoroso cuidado y Su compromiso con nuestras vidas. Tener miedo, permitir que el temor ensombrezca nuestras almas es negar Su presencia. Sin embargo, comprometernos por fe con la realidad de Su presencia nos convence de que Él nos protegerá completamente —pase lo que pase.

Los versos finales concluyen con el apoyo de Dios. La paz que tiene el salmista mientras cena ante sus enemigos refleja el placer de ser apoyado por Dios. Nos habla del apoyo de Dios en su vida como un vaso rebosante, y entonces se queda maravillado por el hecho de que la bondad y la misericordia de Dios le seguirán todos los días de su vida. El salmista celebra el mayor apoyo al tiempo que anticipa que un día reposará en la casa del Señor para siempre.

Sabemos que la intimidad es esforzarnos para poder decir con David: «Jehová es

mi Pastor; nada me faltará». Cuando podemos decir con honestidad que realmente no necesitamos nada más para sentirnos satisfechos, apoyados y seguros, entonces sabremos que todavía nos queda un largo camino para llegar a contactarnos íntimamente con el Dios que nos ofrece todo de Sí mismo.

La satisfacción con Dios comienza a hacerse real cuando dejamos de ser guiados y definidos por cosas terrenales y comenzamos a anhelar las realidades espirituales. Pablo afirma esta dinámica en su propio testimonio, en Filipenses 4:10–13.

> *En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro cuidado de mí; de lo cual también estabais solícitos, pero os faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.*

Cuando encontremos nuestra plenitud en Él, nuestras vidas serán marcadas por una confianza inabalable que descansa más allá de los temores superficiales de nuestras actividades diarias. Esta es la confianza que sólo llega cuando estamos conectados al hecho de que Él siempre será todo aquello que Él dice que es; que Él siempre estará ahí por nosotros, lo sintamos o no; y que Él no puede negar ni Su carácter ni Sus promesas. Este sentimiento de apoyo íntimo llega para aquellos quienes, por fe, se conectan con un Dios que nunca les abandona ni les olvida.

Esta seguridad que llega con la intimidad con Dios está marcada por un inigualable sentido de valentía. Diremos con Pablo:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de Ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 8:35-39.

ACERCÁNDOSE A DIOS

Tengo que confesar que tengo un problema con la tecnología. Hace algunos años, cuando nos mudamos a una nueva casa, compré un nuevo equipo estéreo muy completo. Me encanta la música —me encanta alta, suave, y a lo grande; me encanta toda ella— jazz, blues, rock, country, pop y clásica, dependiendo de cómo me siento. Me encanta toda ella. Así que compré un estéreo con todos los sofisticados matices de volumen, balance y tono. Con mucho ánimo, llevé las cajas a mi casa y comencé a desembalar las piezas del equipamiento digital. Allí estaban —cables y todo lo demás. A la mitad del proyecto, estaba en la posición fetal, enrollado bajo el tablero de mi escritorio, con cables atados alrededor de mi cuerpo. Simplemente no me va la tecnología.

Creo que somos muy parecidos a ese ejemplo en el sentido espiritual. Dios nos ha creado, redimido y entregado todo lo que necesitamos para tener una relación íntima con Él. Y, aunque tenemos todo el equipo que necesitamos para que toda la belleza y armonía de Su gloria sea transmitida a través de nosotros, no parece que consigamos saber cómo funciona. Espiritualmente, somos desafiados a conectarnos.

La intimidad con Dios necesita que nos conectemos con Cristo. Este hecho de conectarnos implica un hábito y una secuencia. No basta con tener todos los cables. Lo que lo hace funcionar es colocarlos correctamente en los lugares adecuados.

CONECTANDOSE A TRAVÉS DE LA ORACIÓN Y LA PALABRA

¿Cómo nos conectamos? Casi puedo oírte pensando, *Otra vez. ¡Apuesto a que va a hablar sobre leer la Biblia y orar!* Pues lo has adivinado —está en el primer lugar de mi lista. ¿De qué otra manera creemos que vamos a conectarnos con Dios a no ser a través de un hábito de comunicación constante con Él?

Es como la vieja historia de la mujer que llevó a su esposo a un consejero y se quejó de que él nunca le había dicho que la amaba. Cuál no fue la sorpresa cuando el marido se volvió hacia ella y dijo: «¡Eh! Cuando nos casamos ya te dije que te amaba y, si eso cambia alguna vez, ya te lo diré».

Los matrimonios nunca van a llegar a una completa intimidad sin una constante comunicación amorosa. Y los cristianos no conseguirán la intimidad con Dios a no ser que establezcan hábitos regulares de comunicación con Él.

Cuando hablamos de intimidad con Dios, la ausencia no desarrolla un corazón más cariñoso. Desarrolla un corazón

distante. Las temporadas de ausencia de la comunión con Dios en oración y a través de Su Palabra hacen crecer el pecado y la auto-suficiencia, y dificultan el reencuentro. No sólo perdemos práctica, sino que también, estando alejados de la influencia divina, desarrollamos sistemas de independencia y hábitos de pensamiento y comportamiento que se convierten en un obstáculo cuando queremos entrar de nuevo en Su presencia. La intimidad demanda que nos derramemos constantemente vertiendo desde nuestros corazones alabanzas y oraciones al Señor, así como que estemos constantemente asimilando Su Palabra en nuestros corazones.

Leer, meditar y estudiar la Biblia es fundamental para estar conectados con Dios. ¿Cuándo es la mejor hora para estar con la Palabra de Dios? Para algunos es por la mañana. Para otros es al mediodía. Para otros, el mejor tiempo para estar con Dios es por la noche. Sea cuando sea, necesitamos darle nuestro mejor tiempo. Y debemos ser cuidadosos para no convertirlo en algo legalista. Si un día no tenemos nuestro tiempo con Él, no deberíamos sentirnos culpables, porque la intimidad con Dios es mucho más que media hora de disciplina. Es un paseo diario y continuo. Pero si no le damos nuestro tiempo a Dios durante 3 ó 4 días, podemos empezar a preocuparnos. Dos salmos ilustran maravillosamente la importancia en nuestras vidas de estar conectados con Su Palabra y con la oración.

Salmo 1. En él podemos leer sobre la satisfacción, el apoyo y la seguridad que la Palabra de Dios trae a nuestras vidas. El salmista nos dice que, cuando se deleita en la ley del Señor en vez de vivir en el consejo de los pecadores, su vida es como un árbol plantado junto a ríos, que produce fruta a su tiempo y cuyas hojas no caen. Todo lo que emprende prospera.

El contraste con los malos es evidente. En su soledad son como el tamo —la cáscara sin valor del trigo que se deja para que se la lleve el viento.

La palabra que define la condición de aquellos que se entregan a la Palabra de Dios es bienaventurados. El salmista comienza el salmo diciendo «Bienaventurado es el varón». Bienaventurado porque experimenta la satisfacción que proviene de la vida bien ordenada de una persona bien fundamentada en la Palabra. Es la bendición de vidas que tienen significado y propósito, que son limpias y bien organizadas, que están guiadas por principios que satisfacen completamente. La elección en este salmo está clara. Nos damos cuenta de que nuestras vidas están influenciadas o por el mundo sin Dios en el que vivimos o por la Palabra de Dios que nos capacita para disfrutar una vida abundante.

Salmo 13. Este salmo habla de la satisfacción que da equilibro a nuestras vidas y que llega cuando oramos. Al comienzo de este salmo, el salmista está perdido en la desesperación. Se queja de que Dios le ha olvidado y le ha abandonado en un entorno desastroso (vv.1-4). Pero entonces el salmista vuelve su corazón hacia Dios (v.5). Al final de este breve salmo, vemos que Dios no le ha abandonado, sino que ha satisfecho su alma en medio de la angustia. El salmista ha experimentado uno de los aspectos más significativos de la oración: No las respuestas a la oración, sino la forma en la que la oración abre el cielo para que nosotros podamos ver a Dios de manera real y perdernos en una profunda y tranquila confianza en el carácter de Dios. El salmista cierra este salmo tras pasar de la desesperación al deleite, exclamando:

> *Mas yo en Tu misericordia he confiado; mi corazón se alegrará en Tu salvación. Cantaré a Jehová, porque me ha hecho bien.*

APROXIMACIONES PERSONALES A LA ORACIÓN Y A LA LECTURA DE LA BIBLIA

En mis momentos personales de lectura bíblica y oración, he encontrado varias aproximaciones que pueden ayudarnos a la hora de conectarnos con Dios.

Lectura bíblica. Primero, debo leer la Palabra como un encuentro personal con Dios. Para mí no puede ser un simple ejercicio de leerme la Biblia en un año ni tener que estar seguro de que leo un capítulo por día, ni ningun otro sistema que tenga que cumplir. Conectarse con Dios en la Escritura es sólo eso —conectarse personalmente con Dios. Cada encuentro debe buscar algo de Él para mí que sea relevante para mi vida. Me doy cuenta de que necesito leer hasta que Él me dice algo importante. Si eso llega pronto, tal vez no necesite leer más, aunque puedo querer seguir leyendo. Y si eso lleva más tiempo de lo que había planeado, tendré que seguir leyendo la Palabra hasta que haya alguna ministración para mi alma, mi corazón y mi mente.

Entonces me doy cuenta de que es importante asimilar esa ministración de manera que pueda acompañarme durante el día. Anoto el concepto, me lo guardo en el bolsillo, en mi cartera o en mi maletín, de manera que me salte a la vista durante el día; eso es una gran ayuda para mantener el asunto vivo en mi corazón. Algunas veces también me ayuda memorizar algún versículo clave o hacer una oración breve y especial que pueda elevar ante Él.

Segundo, me ayuda leer la Palabra de Dios pensando en sus propósitos e intenciones. Esto me hace entender lo que Dios quiere para mi vida. Él nos ha dicho que Su Palabra es…

- *Un espejo:* Por tanto, necesito leerla para verme a mí mismo tal y como soy a la luz de lo que el texto dice.

- *Una semilla:* Yo dejo que la Palabra sea plantada profundamente en mi corazón y entonces puedo tener una visión del fruto que producirá si la riego y la alimento con cuidado.
- *Una espada:* Del tipo de dos filos que penetra a través de las corazas y revela los más profundos secretos y motivos. Esta metáfora es esencial para dejar que la Palabra corte donde debe y para aceptar y someternos con honestidad a su cirugía.
- *Una lámpara:* Nos ofrece guía y dirección en la oscuridad de la vida.
- *Alimento para mi alma:* Tengo que dejar que la Palabra de Dios nutra mi alma a través de la lectura para alimentarme, no sólo para instruirme. Cuando mi alma es tocada por una verdad, un ánimo, un consuelo, una exhortación o una interiorización de la Palabra de Dios, es el momento de alimentarme. En tercer lugar, me resulta de ayuda compartir con un amigo de confianza lo que Dios me ha dado en Su Palabra en ese día. Esto es especialmente productivo cuando el amigo es alguien en mi misma situación espiritual. Compartir las reflexiones acerca de la vida puede ser una poderosa herramienta para establecer fuertes lazos no sólo con Dios, sino también con amigos, cónyuges e hijos.

Cuarto, a menudo cambio la manera en la que me acerco a la Escritura. Durante una época puedo leer dos o tres capítulos al día en los Salmos y un mensaje de un calendario devocional. Otras veces puedo estudiar un tema (como amistad, dinero, amor, arrepentimiento, pedón), usando mi concordancia, lo cual me ilumina, especialmente si estudio algún punto con el que estoy luchando en mi propia vida. Las biografías de los santos del Antiguo Testamento están llenas de alimentos interesantísimos en nuestra

conexión con Dios. Leer algún libro corto del Nuevo Testamento de un tirón puede ayudarme en otras épocas de mi peregrinación.

Sea cual sea la aproximación, no nos dejemos empantanar por la obligación o por metas artificiales a la hora de leer la Biblia. Como en cualquier relación, la comunicación es más activa cuando no repetimos el mismo asunto una y otra vez. Es mejor cuando se centra cada vez en un asunto diferente de necesidad e interés.

Quinto, debo leer el texto con una actitud sumisa si quiero extraer el provecho de su capacidad para conectarme con Aquel que está hablándome. Enfrentarse a la Palabra con un espíritu poco abierto, poco entregado es una fórmula segura para una experiencia distante y poco provechosa. Hay un refrán antiguo que dice: «¡Este Libro te mantendrá alejado del pecado, o el pecado te mantendrá alejado de este Libro!».

Oración. En lo que se refiere a la oración, permíteme contar un par de cosas que me ayudan. Orar honestamente es lo más importante. El salmista nunca actuó tímidamente a la hora de «decirle a Dios a la cara» las cosas de su vida. Esta honestidad abre nuestros espíritus para que Él pueda encontrarnos con la solución para nuestra frustración. Ninguno de los salmos termina mostrando al salmista todavía en una actitud de queja hacia la vida o hacia Dios. La oración es una maravillosa forma de hacernos ver toda la vida desde el punto de vista de Dios.

La oración debe tener elementos de adoración. Puede hacerse cantando, agradeciendo o diciéndole cosas concretas en las que expresamos lo mucho que Él es valioso para nosotros a la hora de enfrentar el día y las situaciones que nos esperan. No necesito decir también que las oraciones

de arrepentimiento van a purificar y satisfacer nuestras propias almas y a Dios.

También puedo decir que orar en voz alta me ayuda a luchar con la distracción. Cuando, aun así, mi mente se distrae, a menudo lo uso como una manera para orar por la persona o por la situación que me ha venido a la mente en ese momento —a no ser que sea mi partido de golf, eso no tiene esperanza.

Las oraciones diarias pueden ayudarnos también a mantener nuestros corazones protegidos.

Orar diciéndole a Dios pasajes de Su Palabra es un ejercicio maravilloso en lo que se refiere a oraciones con significado. No sólo nos ayuda a recordar Su Palabra personalmente, sino que también hace que Dios sepa que hemos puesto atención y que realmente lo hemos captado.

Lo más importante es que seamos fieles. Habrá veces en las que este ejercicio no nos parecerá tan interesante como esperamos. Por muchas razones, no siempre nos sentimos emocional o espiritualmente preparados todo el tiempo. No abandones el proceso. La fidelidad es la clave. Sigue haciéndolo y verás como tu conexión con Dios se hace más profunda y la intimidad con Él será tu recompensa.

Este librito está extraído de *Confianza Radical: Viviendo constantemente con Dios en el centro*, por Joe Stowell. Confianza Radical ha sido publicado por *Discovery House Publishers*, miembro de la familia de Ministerios RBC. Joe ha sido presidente del Moody Bible Institute y actualmente trabaja como Pastor de Enseñanza en la Harvest Bible Chapel en Chicago.